

traba en Medina : « ¿Dónde está mi padre? preguntó á los soldados. — Ha muerto, le respondieron. — ¿Y mi marido? — Muerto tambien. — ¿Y mi hijo? — Muerto con ellos, le dijeron. — ¿Y Mahoma? — Hélo ahí vivo, le contestaron los guerreros. — ¡Pues bien, dijo apostrofando al profeta, pues que tú vives, nuestras desgracias no valen nada! »

Tal fanatismo prometia á Mahoma represalias de su derrota. Parecia que su revés le causaba mas tristeza que humillacion. Al pasar por delante de una de las casas de Medina, de las que se oían salir los lamentos de las mujeres que deploraban la pérdida de sus esposos : « ¡Y no hay quién lllore al esforzado Hamza! dijo vertiendo él mismo amargo llanto. »

LXVII

Despues de dos dias consagrados al dolor, llamó á sus fieles musulmanes á las armas por no dejar pesar mucho tiempo sobre ellos el desaliento de una derrota. Salieron con fuerzas mas numerosas en busca del ejército de la Meca, como si hubieran sido ellos los vencedores. Abu-Sofyan no se atrevió á volver

caras para aceptar el combate. Mahoma adquirió así el prestigio de la victoria. Sus expediciones recorrieron libremente el desierto, imponiendo su fé y su alianza á numerosas tribus.

Dejarémos á un lado la lenta pero constante conquista que sometia á su dominacion poco á poco la mitad de los árabes. Esa es mas bien la historia de la conquista que la del hombre. Volvamos al hombre.

La derrota del monte Ohud no habia disminuido su ascendiente profético en Medina. Continuaba publicando uno por uno los preceptos del Coran. Su fama, corriendo con sus leyes de boca en boca por el desierto, atraia á Medina á los scheiks de la Arabia. Conferenciaba con ellos, los deslumbraba con su elocuencia; contraia paz y amistad con sus tribus; en tales casos no imponia su religion, la aconsejaba, dejando á cada uno en libertad para que se convirtiera ó perseverara en las tradiciones de sus padres. Bien sabia, como filósofo y como político, que una vez sembrado el gérmen, se levantaria en aquella arena, y que la religion de la victoria seria mas temprano ó mas tarde la religion de la muchedumbre.

Amenazado con un sitio en Medina por los aliados de los coraitas, fortificó su capital circunvalándola con un foso abierto en la piedra. Para alentar en es-

los trabajos á los habitantes de Medina, y activar su conclusion, los presenciaba con mucha frecuencia. Un día en que él mismo habia tomado el pico, saltaron tres chispas al herir la piedra. « ¿Qué quieren decir esos tres relámpagos? le preguntaron.— ¡El primero, respondió con el tono de un inspirado que lee en el porvenir, me anuncia la conquista de la Arabia por mi ley; el segundo la posesion de la Siria y del Occidente; el tercero, la dominacion de todo el Oriente! »

Diez mil confederados contra Medina se presentaron con los coraitas bajo sus murallas. El sitio fué largo, pero sin peligro para la ciudad. Allí se distinguió en él en combates caballerescos con los campeones de la Meca. Safya, madre de Hamza, vengó allí á su marido. Encerrada en el castillo del poeta Hassan, apercibió desde lo alto del fuerte á un guerrero enemigo que circulaba al pié de las fortificaciones. « Vé á matar á aquel enemigo, dijo á su huésped. — ¡Qué Dios te perdone, hija de Abutaleb, le respondió el poeta; tú sabes que no soy un hombre de guerra! » Safya se apoderó de su sable, bajó al llano, atacó al guerrero, y vengó en su sangre la muerte de su hijo Hamza.

Pronto rompieron la liga los artificios de un viejo beduino, á quien Mahoma empleó para negociar ocul-

tamente con los jefes de las tribus confederadas. El mal tiempo avanzaba: « ¡No se puede acampar aquí, decian los adictos al profeta, la lluvia apaga nuestros fuegos, el viento destroza nuestras tiendas; el polvo penetra en nuestras marmitas, es menester partir! » Estos murmullos hicieron sucesivamente levantar el campo á todas las tribus. Los coraitas, privados de sus aliados, levantaron el sitio. « ¡Por la última vez han visto los muros de Medina! exclamó Mahoma viéndolos alejarse; ¡ahora nos tocará nosotros el ir á hacerles la guerra! »

Inauguró la campaña castigando á una tribu cercana de Medina que habia quebrantado el juramento prestado. En primer lugar les envió un parlamentario llamado Lubaba, para adormecerlos con la falsa esperanza de que serian perdonados. « ¿Nos aconsejas que pongamos nuestra vida y la de nuestros hijos á merced del profeta? le preguntaron los jefes y las mujeres de la tribu.— Sí, » respondió el enviado de Mahoma. Pero compadeciendo al mismo tiempo la suerte de aquella tribu, condenada á perecer, y queriendo indicar, por medio de su gesto, lo contrario de lo que aconsejaba de palabra; pasó horizontalmente su mano por el cuello con el signo del sable que corta una cabeza.

La tribu comprendió el signo y no se fió en las pa-

labras. Huyó durante la noche : la venganza del profeta no pudo consumarse. Pero apénas habia salvado Lubaba la vida de aquella tribu proscrita, se arrepintió de su humanidad y resolvió castigarse á sí mismo por su crimen. Volvió á Medina, y atándose con cuerdas hechas de pelo de camello á una de las columnas de la mezquita, denunció en voz alta su supercheria y juró no tomar ningun alimento hasta que el profeta le perdonara su traicion. Ablandado Mahoma lo perdonó y desató de la columna. Pero habiéndose apoderado al dia siguiente otro de sus secuaces de una tribu que tambien habia tomado parte en la confederacion, mandó abrir un hoyo inmenso en la plaza, y lo llenó con setecientas personas inmoladas en represalia de la violacion del juramento. Distribuyó á los musulmanes las armas, despojos y rebaños de aquella rica tribu.

Al soldado de á pié se le daba una parte, al de á caballo tres. El nervio de la guerra, en aquellos países, donde el espacio no tiene limites, era la caballería. Mahoma queria multiplicarla en su ejército. Señaló recompensas y honores al que se dedicara á la cria de caballos de raza, estableció carreras, y dispuso genealogías de nobleza entre los corceles. Tambien fundó lizas de fatiga y de gloria en la carrera de las camellas. Una de las suyas, llamada

Eladhbá, fué vencida por la de un árabe del desierto : él se avergonzó como un camellero que fundara su gloria en la fama de su dromedario.

La religion, las leyes, la guerra y la edad misma no lo distraian del amor. Al jóven Sayd, uno de sus mas queridos discípulos, lo habia casado con una de sus parientas, con Zaynab, célebre por sus hechizos y su talento. Un dia que Sayd estaba ausente, Mahoma entró en su casa para darle una orden. Zaynab, medio vestida con una muselina trasparente que dejaba ver la blancura de su piel y la gracia de su talle, apareció con todos sus encantos á los ojos seductores de Mahoma. Este se retiró lleno de invencible admiracion y exclamando : « ¡ Alabanza á Dios, Señor de los corazones ! » Zaynab refirió con terror á su marido la visita y la exclamacion de su padre adoptivo y Sayd comprendió que era preciso escoger entre la repudiacion de su mujer ó la rivalidad del profeta. Fuése á pedir permiso á Mahoma para repudiar á Zaynab. Mahoma la tomó por esposa, á pesar de los preceptos del Coran, que prohiben á los padres adoptivos el casarse con las viudas ó las mujeres repudiadas por sus hijos.

Fiestas espléndidas se celebraron en Medina en honor de este matrimonio. Pero Mahoma, instruido por su propia debilidad del peligro que habia en dejar

brillar la belleza de las mujeres ante la vista de los extraños, prohibió desde aquel día su entrada en la habitacion de sus mujeres. Mandó poner una cortina entre los hombres y ellas en sus aposentos. « ¡O creyentes! escribió en el Coran, cuando tengais que pedir algo á las esposas del profeta, no las habléis jamás sino á través de un velo. »

Pocos dias despues mostró su humanidad hácia sus enemigos de la Meca. Bloqueada la ciudad por un ejército de árabes musulmanes, perecian dentro de hambre. « Dejad que entren víveres para mis compatriotas, » exclamó al general de sus tropas. La ciudad en que habia nacido, llena aun de parientes y discípulos secretos, interesaba su corazon. No queria confundir á los culpables con los inocentes. Él mismo partió á la cabeza de doscientos ginetes para ver como se ejecutaban sus órdenes. Al llegar al sitio en donde habia perdido á su madre, acampó en él para venerar su memoria. Oró y vertió lágrimas sobre el sepulcro de su madre Amina. Luego, levantándose de repente, y haciendo un esfuerzo, como si el fanatismo hubiera luchado contra la naturaleza : « ¡No, dijo, no conviene al profeta ni á los creyentes invocar así á Dios por los que han adorado sus falsas imágenes! ¡Reflexion cruel contra él mismo, que confirmaba, sin embargo, la sinceridad y la ferocidad de su fé!

LXVIII

Al tiempo que se levantaba de la tumba de su madre, se acercó á él una mujer beduina, montada en un dromedario. « Los enemigos, le dijo, se han apoderado de mi ganado, que apacentaba en el desierto. He montado en este dromedario y he hecho voto de inmolárselo á Dios en tu presencia, si lograba librarme de caer en sus manos por la rapidez de su marcha. Vengo á cumplir mi voto. — ¡Cómo! le dijo sonriendo el profeta, ¿no seria pagar con una ingratitud al generoso animal que te ha salvado? Tu voto es nulo, porque es injusto; el animal que me has consagrado no es ya tuyo, sino mio; yo te lo confio; parte y vé á consolar á tu familia. »

LXIX

Sus primeras relaciones con el emperador de Oriente, Heracio, que reinaba en Bizancio, datan de esta

época. Envió embajadores á este emperador para concluir un tratado de comercio con el pueblo de Siria, sometido á la dominacion romana. Siendo atacadas sus caravanas, al volver de Siria á Medina, fueron vengadas por Sayd, á la cabeza de quinientos caballos musulmanes. Herido y llevado á Medina por sus compañeros, Sayd llevó consigo tribus enteras prisioneras de guerra para que fueran vendidas allí como esclavas. Mahoma oyó desde el fondo de su harem las lamentaciones de las mujeres y de los niños que se separaban violentamente para venderlos en lotes distintos, segun convenia á los compradores. Aunque su legislacion no hubiera abolido la esclavitud, subordinacion de una casta á otra, tan vieja como las costumbres belicosas y pastorales de los patriarcas, tendia á dulcificarla y trasformarla en una especie de paternidad y de tutela legales, que convertian al esclavo oriental mas bien en cliente voluntario que en propiedad doméstica. Enternecióle la suerte de las víctimas de la guerra, y prohibió que separaran á las madres y los hijos, á las mujeres y los maridos, cuando se vendieran las familias reducidas á la esclavitud.

Una de las esclavas conquistadas algun tiempo despues por Alí, hija de un scheik opulento, famosa en el desierto por su belleza y por sus talentos, habia

celebrado con su poseedor Alí un convenio en virtud del cual compraria su libertad por un precio crecido. No pudiendo reunir en Medina la suma necesaria para su rescate, fué á pedir á Mahoma que le prestara lo que le faltaba para su redencion. Admirado de sus hechizos, Mahoma le propuso el rescatarla con su propio tesoro, y élevarla al rango de sus esposas: ella consintió. Los árabes de Medina, convencidos de que todos los esclavos de su raza tendrian en lo sucesivo una proteccion poderosa en el corazon del profeta, se apresuraron á poner en libertad á todos los prisioneros de su tribu.

LXX

Sin embargo, Aiche, la hija de Abubekre, llegada á la flor de su adolescencia, y dotada de todos los encantos del cuerpo y del espíritu mas estimados por los árabes; el talle esbelto, la flexibilidad de los movimientos, la majestad de su paso, el abandono de la negra cabellera, el brillo húmedo de los ojos, *como la estrella en el pozo*, decian sus poetas, era siempre su esposa preferida. Ella dominaba en casa como hi-

ja y como esposa. Reinaba en su corazón por lo vasto y lo justo de un talento natural que se había modelado sobre el genio y la elocuencia del profeta. Era su consejera tanto como su amante; ofreciéndole todo lo que puede buscar un padre en su hija, un marido en su mujer, un inspirado en su discípulo. Las narraciones, las confianzas, las memorias de Aiche, transmitidas por su boca á la historia despues de la muerte de Mahoma, muestran con efecto que el alma y el corazón de Aiche poseian las cualidades propias para cautivar al hombre eminente de su tiempo. Ninguna favorita de los soberanos de Oriente ni Occidente, si se exceptua la célebre Roxana, han justificado con mas atractivos su imperio sobre aquel que era su señor. Una nube oscureció no obstante algunos dias de aquella felicidad, sembrando de dudas y tristeza el alma de Mahoma que sospechó de la fidelidad de su favorita. Hé aquí la historia de las circunstancias mas secretas de esta aventura, contadas por la misma Aiche.

LXXI

« Cuando el profeta de Dios, refiere Aiche, partía de Medina para una expedicion contra sus enemigos

ó para un viaje, llevaba consigo á una de sus esposas. Acompañaban á esta algunas esclavas, yendo encerrada en una litera enrejada y cubierta con un velotendido sobre las ancas de un camello. » (Asi viajan aun las mujeres de los árabes ó de los otomanos por el desierto). « Tocóme á mí la suerte, continúa Aiche, durante la campaña del profeta contra el infiel Abdallah. Al partir de dia ó de noche, salia de mi tienda, y segun la costumbre, y el precepto, evitaba las miradas de los hombres. Tendíame en la litera; dos esclavos la levantaban y la sujetaban á las ancas del camello. Otra litera parecida, ocupada por una mujer de mi servidumbre, formaba el contrapeso al lado opuesto. Yo pesaba poco, porque era delgada y pequeña á causa de mi tierna juventud y extrema sobriedad, virtud comun entónces á casi todas las mujeres de la Arabia.

« Al volver de esta campaña, hallándose el ejército en su última jornada, se hizo alto al anoecer y se plantaron las tiendas para descansar durante la mitad de la noche.

« Antes de amanecer, dió el profeta orden de levantar el campo. Miétras que el ejército desfilaba detrás de él, y se recogian los bagajes, me alejé sola un instante del campamento. Al volver á mi tienda, observé que habia perdido un collar de ónices de

Dhafar, que se habia soltado y caido de mi cuello en mi excursion. Retrocedí con presteza para buscarlo en la arena. Algun tiempo perdí en esta operacion; pero por fin hallé mi collar y volví corriendo al campo. El ejército se habia ido ya, mi tienda habia sido levantada, y mi camello no estaba allí. Los esclavos encargados de atar la litera ejecutaron esta operacion sin notar en el peso que yo no estaba dentro. Cuando llegué no encontré á nadie; suspensa y aterrada, me cubrí con mi velo, y me senté en la arena esperando que notarian mi ausencia y que vendrian á buscarme. Nada de eso; la marcha continuó sin sospechar que la litera iba vacía.

« En tanto que me consumia así en la expectativa, el hijo de Moatal, Safwan, pasó junto á mí, montado en un camello. Al punto me conoció por haberme visto á menudo en casa del profeta, ántes de que el Coran prohibiera el exponernos á la vista de los extraños. Hizo una exclamacion de sorpresa y dijo: « ¿Es posible? ¡La mujer del profeta! »

Bajó del camello, lo hizo arrodillar y me rogó que montara en su lugar. Juro por el cielo que no dije una palabra mas. Apartóse respetuosamente mientras yo subia encima del camello, cogió despues la cuerda del animal, y marchó en silencio delante de él. No pudimos incorporarnos con el ejército sino

muy entrado el dia, en el descanso de la mañana. Viéndonos aparecer juntos de aquella suerte, se murmuró de nosotros. Las calumnias corrieron de boca en boca por el campo y llegaron á los oidos del profeta.

Despues de entrar en Medina, caí enferma á consecuencia de la emocion y de la fatiga. Noté que el profeta no me mostraba la misma ternura que habia manifestado otras veces por mi salud cuando estaba mala. Si entraba en mi cuarto, se limitaba, sin dirigirme la palabra, á decir á mi madre, que velaba junto á mi lecho: « ¿Cómo está vuestra hija? » Ofendíome aquella desusada frialdad y le dije un dia: « Apóstol de Dios, deseo, si me lo permitis, ser trasladada á casa de mis padres. » Consiento en ello, respondió. Me llevaron á casa de mi madre.

« Allí permanecí tres semanas sin ver al profeta, un dia (ya estaba restablecida), vino una de mis amigas á visitarme y exclamó de repente interrumpiendo la conversacion: « Malditos sean los calumniadores! » — ¿Qué quereis decir? le pregunté: entónces me contó los rumores que circulaban acerca de mi encuentro con Safwan, atribuido á una culpable inteligencia entre los dos. Me ruboricé, prorrupe en llanto, me levanté y me precipité hácia mi madre: « Que Dios os perdone, le dije. Cómo! destro-

zan mi reputacion y dejais que ignore todo! — Calmate, hija mia, me respondió mi madre; cosa muy rara es que una mujer jóven, bella, adorada de su marido, y que tiene rivales, se libre de la maledicencia!»

El rumor contra mí y contra Safwan era tan grande en Medina, que el profeta, afligido con el escándalo de las conversaciones, subió al púlpito de la mezquita y nos justificó indignándose contra los que calumniaban, decia él, á una persona de su casa, á quien tanto amaba, y á un valiente que le habia prestado eminentes servieios. « Estas palabras, al paso que sirvieron para que algunos se justificaran á expensas de otros, no hicieron mas que fomentar la murmuracion. Aconsejado por Ali, el profeta llamó á mi sirviente para interrogarla acerca de mi conducta. Apesar de los malos tratamientos que empleó Ali contra ella para obligarla á declarar cosas que me perjudicaran, juró que yo no habia cometido ninguna falta. Tranquilizado el profeta con esto vino á visitarme.

« Hallóme llorando con mis padres y una amiga mia, sin que pudieran consolarme. Se sentó junto á mí y me dijo: « Sabes, Aiche, lo que hablan contra tí; si eres culpable confiésalo y arrepiéntete; Dios es indulgente y perdona á los arrepentidos. »

« Los sollozos me impidieron el responder en mucho tiempo, esperaba que mis padres responderian por mí; pero viendo que guardaban silencio, hice un esfuerzo sobre mí misma y dije: « No he hecho cosa de que deba arrepentirme; si me acusara, faltaria á mi conciencia: por otra parte, por mas que niegue la falta de que me acusan, no me creerán, diré como..... » Aquí me paré un instante; la turbacion que sentia me hizo perder de la memoria el nombre del patriarca Jacob, que buscaba en vano: « Diré como el padre de Joseph, repuse: *paciencia y que Dios me justifique!* »

En este momento, el profeta demasiado conmovido tambien, cayó en uno de aquellos desvanecimientos durante los cuales el cielo le comunicaba sus inspiraciones. Le puse un cogin bajo la cabeza y esperé sin inquietud que despertara, segura de que el cielo me absolveria en su revelacion. Pero mis padres, ménos convencidos que yo de mi inocencia, con cuanta ansiedad no aguardaban el término del desmayo y la primera palabra del profeta! Creí que iban á morir de terror.

« Por fin el profeta recobró los sentidos, enjugó su frente cubierta de sudor, no obstante que nos hablabamos en invierno, y me dijo: « Regocíjate, Aiche, tu inocencia me ha sido revelada desde arriba!

— Alabado sea Dios! exclamé. Y saliendo inmediatamente de la casa, el profeta fué á publicar el versículo del Coran que atestiguaba mi inocencia.»

Esta justificacion de Aiche, inspirada á Mahoma por la conviccion ó por la indulgencia, atestigua la pasion que sentia hácia su favorita. A su muerte veremos otra nueva prueba. La vuelta de Aiche á la casa del profeta acalló los rumores injuriosos á su honor. El poeta satírico de Medina, Hassan, que habia hecho versos contra ella, los hizo en alabanza suya por merecer el perdon del profeta:

« Es púdica y discreta, escribió Hassan, esbelta y ligera, y su talle no tiene el espesor que es propio de las mujeres ociosas del harem! »

LXXII

Mahoma, vencedor por sí mismo ó por sus tenientes de todas las tribus del Hedjaz, resolvió preparar la introduccion de su culto en la Meca, por medio de una visita triunfal á la Kaaba. En este plan se manifestaron completamente sus vastos proyectos

de política religiosa. Si solo hubiera querido ser conquistador, hubiera marchado sobre la Meca como vencedor y no como pontífice. En aquella sazón tenia bastantes armas, tesoros, soldados y alianzas en toda la Arabia para reconquistar su patria ó arrasarla. Medina, su patria adoptiva, tenia grandes títulos para ser su capital.

Derrotados ó dispersos los coraitas no podian ya pelear contra su proscrito, cuando lo habian adoptado la mitad de los árabes. Esto no obstante, Mahoma que podia ahora convertirse en proscrito prefirió la negociacion al exterminio. Comprendió perfectamente que el exterminador de la Meca, ciudad santa, y el destructor de la Kaaba, templo universal de los descendientes de Abraham, podria dominar, pero no seria jamás el profeta de los árabes.

Las ideas que Mahoma se proponia introducir en la Arabia, debian ser conformes á la tradicion, si las habian de adoptar sus compatriotas. Aceptó el templo y desalojó los ídolos.

Tal fué el pensamiento de Mahoma en su tratado con los coraitas, cansados de pelear y desalentados, y en la peregrinacion militar y religiosa que resolvió hacer, conduciéndola él mismo á la Meca.

Su acompañamiento, compuesto de idólatras aliados y de musulmanes fieles, era un ejército y un

pueblo. Dos mil mahometanos á caballo y armados, doce mil árabes de Medina y del desierto; una fila muy extensa de camellos cubiertos de ramos y flores, y cargados de ricos presentes para el templo, llegaron á la vista de la ciudad santa. Algunos guerreros coraitas, tenaces en su ódio, habian salido de la ciudad contra la voluntad de la mayoría de sus conciudadanos para impedirles la entrada. Su camello se paró y se arrodilló al aspecto de los muros. Sus árabes se admiraron:

« Su camello es repropio? dijeron. — No, dijo el profeta, el animal no es repropio, sino que se siente rechazado por la mano invisible, por la misma mano que rechazó en otro tiempo al elefante del jefe de los abisinios, dispuesto á pisar el suelo de la Meca; parémonos aquí! »

Mahoma negoció desde allí su libre entrada en la ciudad santa. Los negociadores coraitas se quedaron estupefactos viendo el respeto que los árabes convertidos y aun los idólatras tenian al compatriota que habian ellos proscrito como insensato y blasfemo.

Recogian el agua en que habia lavado su rostro y sus manos; disputaban al viento el cabello que habia caido de su cabeza; y se llevaban la arena en que habia puesto su planta. « Yo soy aliado de Heraclio, emperador de los romanos de Bizancio, y del gran rey

de Persia, decia á su vuelta á la Meca el negociador Orwa; pero jamás vi soberano venerado por sus esclavos de la manera que lo es Mahoma por los que lo siguen! »

Apesar del descontento de su ejército, que no comprendia su indulgencia, Mahoma firmó un tratado casi humillante con los coraitas. « Porqué, le dijeron Omar, Ali, Abubekre, rebajar nuestra religion triunfante haciendo concesiones tímidas á los incrédulos? — Yo soy el servidor de Dios, respondió Mahoma á los que murmuraban, obedezco sus inspiraciones y no me engañará! »

Ajustó una tregua de diez años con los coraitas. Semejante á Enrique IV cuando entró en Paris, parecia que trataba á los vencidos como vencedores, y á los vencedores como vencidos. Su pacífico triunfo en la Meca no fué mas que una imponente revista de sus tropas, pasada bajo las paredes del templo y á la vista de sus admirados compatriotas. Los murmullos crecientes de su ejército no alteraron su designio político y magnánimo. « Yo no soy el profeta de mis amigos, les dijo, sino el profeta de la Arabia y de todos los creyentes futuros del mundo. »

Por respeto á los usos y tradiciones no entró en aquella ocasion en la ciudad santa. Volvió á Medina sin haber desenvainado el acero, y se aprovechó de

la paz firmada con los coraitas para extender su fé enviando propagadores de su doctrina á todos los reinos ó imperios limítrofes á la Arabia.

El rey de Persia desgarró con desprecio la carta en que Mahoma lo invitaba á aceptar el culto del Dios único. « ¿Debe hablarme de ese modo, dijo el monarca ofendido por el título de apóstol que se daba Mahoma, un hombre que es esclavo mio? » Al saber esta respuesta, exclamó Mahoma.

« Pues bien, que su imperio sea desgarrado como lo ha sido mi carta. » ¡No debia tardar á cumplirse la maldicion por la mano de Alí!

El rey de Abisinia trató á los enviados con mas deferencia. La semejanza aparente del islamismo con el cristianismo le hizo confundir los dos cultos y aceptar la alianza de Mahoma.

El principe de los coptos, que gobernaba á la sazón el Egipto independiente y semi-cristiano, acogió sus embajadores como á los de una potencia naciente, que lo ayudase á pelear contra los romanos. Le juró amistad; le envió un presente de un caballo de sangre, una mula blanca, famosa por su instinto, llamada Doldol, en que montó el profeta hasta su muerte; enfin, dos nobles jóvenes de la raza de los coptos. La una, llamada Sirin, fué dada en matrimonio por Mahoma al poeta de Medina, al célebre Has-

san. Él se casó con la otra, vírgen, de maravillosa belleza, llamada María, y por sobrenombre Copta. El profeta la amó con una pasión que compartia el imperio ejercido por Aiche en su corazon.

Poco despues de la rendicion de una plaza fuerte de la Arabia siria, tomada por sus tropas, se casó con una princesa del país cogida en el asalto. Llamábase Safya; sus guerreros se la disputaban á causa de su belleza. Llamado Mahoma á decidir como juez entre los pretendientes, extendió su manto sobre la cautiva y la guardó de esa suerte para sus propios deleites. Su triunfo estuvo á pique de costarle la vida. Una de las cautivas, llamada Zaynab, le dió un banquete en el que fué servida una oveja envenenada. Despues de haber probado la carne la apartó de sus labios. Uno de sus discípulos que comió antes que él, cayó muerto á sus piés. El veneno fué descubierto en el animal. « ¡Miserable! dijo á Zaynab, ¿qué motivo te ha impulsado á cometer este crimen? — Tú eres el destructor de mi nacion, respondió la Judith árabe; he querido vengar á mi patria si no eras mas que un conquistador como los demás, ó abrazar tu culto, si el cielo te libraba de este peligro! » Zaynab obtuvo su perdon por haber ocasionado aquella prueba que justificaba el don de inspiracion del profeta. Pero el veneno que habia acercado á sus labios circuló por

sus venas y multiplicó las crisis y desfallecimientos que siempre habia sufrido.

LXXIV

La extension y el afianzamiento de su poder en la Arabia dieron motivo á que fueron recibidos con hábiles consideraciones sus embajadores por Heraclio, emperador de los romanos, al pasar por Siria cuando iba á visitar á Jerusalem. El emperador colocó la carta de Mahoma en un cojin de brocado y colmó de presentes á sus enviados. A su vuelta, Mahoma, seguido por un gentío y un ejército inmenso, fué á cumplir la Meca la peregrinacion tantas veces aplazada.

A la cabeza de aquel pueblo, que habia reemplazado al suyo, rodeado de sus discipulos, convertidos en generales, montado sobre su camella Coswa, la mas famosa del desierto, con el sable, simbolo de sus victorias pasadas y futuras, pendiente de la cintura, entró por fin otra vez en su patria y en el templo, donde habia sufrido tantos ultrajes. Pero de ninguno se vengó. Religiosamente, en nombre del Dios de Abraham, cumplió todos los ritos de la antigua peregrina-

